

CALLADOS, PERO NO CONQUISTADOS

MOLINERO, Carme, *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005, 223 págs.; CENARRRO, Ángela, *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2006, 249 págs.

La historiografía sobre el franquismo ha dedicado un amplio espacio al multifacético sistema de represión, pero no tanto a la otra variable de la ecuación que garantizó la perdurabilidad del régimen: las bases sociales e ideológicas sobre las que se sustentó su pretendida política de consenso. Una piedra angular de esa aquiescencia habría sido la asistencia social, virtualmente monopolizada por Falange desde el primer momento, y que ha sido muy mal conocida hasta ahora, a pesar de haberse convertido en la cara más amable de la dictadura.

Las dos monografías que aquí presentamos tratan de colmar ese vacío de muy diversa manera. El libro de Carme Molinero encara el discurso falangista de justicia social, que encontró en José Antonio Girón su más cualificado y persistente portavoz, como un ingrediente más del proceso de nacionalización de las masas impulsado por un régimen con vocación totalitaria. La primera parte del ensayo, dedicado al análisis de ese discurso «justicialista» que tuvo su más acabada plasmación en el Fuero del Trabajo, concluye con la afirmación de su carácter más retórico que auténticamente práctico. Sin embargo, aunque la autora se detiene largas páginas en

los rituales de movilización anejos al proyecto social falangista (como los desfiles de la Fiesta de Exaltación del Trabajo del 18 de Julio, que sustituyó a la suprimida fiesta del Primero de Mayo), no analiza en profundidad sus deudas doctrinales con el catolicismo social, el corporativismo tradicionalista o el primer nacional-sindicalismo.

Después de analizar someramente la gestión de esa política social desde la perspectiva de las Obras Sindicales de Falange (de Educación y Descanso, del Hogar, del Servicio Social de la Mujer o de Previsión Social) y la labor del Ministerio de Trabajo, la autora plantea en la tercera parte la funcionalidad política del incipiente programa de seguridad social, de la política demográfica (eugenesia, fomento de la natalidad y apoyo a la familia) o de los subsidios a las capas más desfavorecidas de la población, que aparecen directamente relacionados con ese proceso de nacionalización que se dirigió con preferencia a una clase obrera marginada del proceso político, pero que fue la principal destinataria de la propaganda social del régimen. Se trataba de integrar a los obreros en la «revolución nacional-sindicalista» pero sin aceptar sus reivindicaciones. Ello marcó los límites del consenso social franquista, erosionado por la continua represión, las pésimas condiciones de vida durante más de una década, la escasez de medios disponibles y la mediocridad de los cuadros políticos dedicados a esta labor asistencial, que siempre se realizó en dura competencia con la Iglesia católica. En opinión de Carme Molinero, el balance que arrojó este proyecto de captación de masas fue mediocre, ya que la política social falangista impulsada por figuras como Salvador Merino o Sanz Orrio pudo

ser retóricamente anticapitalista, pero jamás cuestionó el caudillaje de Franco como principal fuente de legitimidad del régimen. Evidentemente, la dictadura franquista no fue el comienzo ni de un Estado social ni de un Estado del bienestar en España.

Desde una perspectiva más concreta, pero excelentemente documentada y argumentada, Ángela Cenarro analiza la obra asistencial de Auxilio Social, entidad creada a inicios de la guerra a imitación del *Winterhilfe* nazi por Mercedes Sanz Bachiller, viuda de Onésimo Redondo, y el jonsista Javier Martínez de Bedoya, cuyo objetivo implícito era participar en ese combate sutil librado entre las distintas jerarquías del Partido por el control de los espacios de poder del Nuevo Estado. De ahí su rivalidad con la Sección Femenina y su fugaz momento de auge, que arrancó de su conversión en Delegación Nacional en mayo de 1937 y culminó con su control de la acción asistencial en marzo de 1938, momento en que la creciente profesionalización de la acción social favoreció la «masculinización» de su gestión. Y eso a pesar que desde 1937 Auxilio Social se convirtió en responsable y gestor del Servicio Social, que marcó un punto de inflexión en el proceso de incorporación de la mujer a la Patria y al Estado en el más puro estilo fascista. Pero la autora se pregunta si estos modos de encuadramiento femenino fueron un modo de acceso, aunque controlado, a la participación política o una estrategia de control paternalista, que prolongaba en todos los aspectos las tradicionales actividades familiares de la mujer.

Auxilio Social no «vendió» un modelo de caridad propia del individualismo liberal, sino que exaltó la justicia

social como fundamento de la *Volks-gemeinschaft* o comunidad popular nacionalizada al estilo fascista, siempre convenientemente «depurada» de los elementos más recalcitrantes. A tal fin, se ensayó un control totalitario de las actuaciones sociales de retaguardia, que trató de compensar con un amplio despliegue propagandístico (la entrada de los camiones de Auxilio Social en las localidades ocupadas era cubierta sistemáticamente por fotografías y periodistas) la mala imagen que arrastraban otras instancias del partido.

El declive de Auxilio Social no fue menos repentino y rotundo que su auge, ya que, como indican ambas autoras, a la altura de 1939-40 la defenestración política de sus dos fundadores condujo a la sumisión de Auxilio Social a las directrices del Estado y a un significativo viraje, consumado a partir de 1945, desde la asistencia social hacia formas más tradicionales de beneficencia. Cambio de rumbo que coincidió con una relegación del discurso falangista de justicia social y su sustitución por la más «respetable» doctrina de la caridad católica complementada por la asistencia religiosa, que prevaleció hasta su desmantelamiento junto con las Delegaciones Nacionales de Falange en 1977.

A diferencia del libro de Molinero, la propuesta de Cenarro es plantear la política asistencial de Falange como un instrumento de control social con caracteres más coactivos que consensuales. Porque, como señala el último capítulo de su libro, que trata de analizar la reacción de los sectores sociales asistidos (mujeres, niños, ancianos, enfermos o refugiados), organizaciones como Auxilio social no sólo asistían, sino que humillaban, controlaban y presionaban

a los vencidos para que renegasen de su pasado. Un disciplinamiento obtenido a través de la politización en sentido falangista y la extensión de la cultura de la exclusión y de la dependencia respecto de los vencedores. Al primar el principio de autoridad sobre la atracción de los trabajadores a través de un discurso nacional y social igualitario, hubo más aceptación y consentimiento pasivo antes que un verdadero consenso. Los vencidos permanecieron callados, pero no conquistados.

Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III

OLIVER OLMO, Pedro, *La utopía insumisa de Pepe Beunza. Una objeción subversiva durante el franquismo*, Barcelona, Virus Crónica, 2002, 174 págs.

La objeción de conciencia, la desobediencia civil e incluso el antimilitarismo en España durante la segunda mitad del siglo XX, son temas que la historiografía ha pasado francamente por alto en su análisis sobre el franquismo, tema estrella de investigación para los historiadores contemporáneos. Es por ello que el nombre de José Luis (Pepe) Beunza puede resultar desconocido para una buena parte de los lectores. Sin embargo, estamos ante el pionero de la objeción de conciencia y la insumisión en España, dando el paso de renunciar al servicio militar en 1971, en un momento de fuertes represiones por parte de una dictadura que había visto crecer la conflictividad y la disidencia de forma sostenida en la última década y que se enfrentaba a la incertidumbre que abría el creciente deterioro físico de Franco. Su decisión arrastraría consigo un movimiento popular cada vez

más extenso, que no sólo desembocará en sucesivas acciones de desobediencia civil, sino que contará con un importante fenómeno de solidaridad en otros países de Europa, dentro de las crecientes asociaciones pacifistas que proliferaron en aquellos años.

El libro que tenemos entre manos trata de analizar desde un punto de vista enmarcado entre lo biográfico y lo sentimental, no sólo las vivencias de Beunza en su lucha antimilitarista, sino también el contexto en el que se desarrolla el movimiento pacifista y objetor en España, su evolución y su convivencia con la resistencia política antifranquista. Todo ello de la mano de Pedro Oliver, profesor de historia contemporánea en la Universidad de Castilla la Mancha y miembro activo del Movimiento de Objeción de Conciencia desde su negativa a realizar el servicio militar en 1983. Esta cuestión dota al texto de un halo de admiración y reconocimiento hacia una figura clave en la historia de la insumisión en España, alejándolo quizás de una perspectiva de mayor objetividad, pero añadiéndole por contra la coherencia de quien narra experiencias ya vividas, como el tortuoso periplo que ambos sufrieron por diversos centros penitenciarios del país. De esta forma, si lo que el lector busca son datos o documentos concretos sobre la historia de la objeción de conciencia y la desobediencia civil en España, aunque aquí puede encontrar algún ejemplo, debería acudir a otras obras del M.O.C. como *En legítima desobediencia*². Sin embargo, lo que

2. Ver AA.VV., *En legítima desobediencia. Tres décadas de objeción, insumisión y antimilitarismo*, Madrid, Movimiento de Objeción de Conciencia, 2002.